CAPÍTULO LXXXI. *Que los indios tlaxcaltecas dieron también su muestra en Tlaxcalla y que Fernando Cortés con el ejército comenzó a caminar*

RIMERAMENTE IBAN DELANTE tocando muchos caracoles, bocinas, huesos y otros instrumentos y luego los cuatro señores de las cuatro cabeceras de la señoría, con rodelas y macanas, saliéndoles de las espaldas una vara en alto, sobre la cabeza muy ricos plumajes, encajadas piedras ricas en los agujeros de las orejas y bezos y el cabello tomado con una banda de oro o plata, en los pies ricas cotaras, tras ellos cuatro pajes con sus arcos y flechas. Luego cuatro estandartes con las insignias y armas de la señoría, labrados de ricas plumas, llevábanlos cuatro alféreces y luego por hileras, de veinte en veinte, pasaron sesenta mil flecheros, yendo de trecho en trecho un estandarte con las armas de el capitán de cada compañía. Los estandartes se inclinaban a Cortés y él se levantaba y quitaba la gorra y todos con buena gracia bajaban las cabezas y disparaban sus arcos por alto. Vinieron los rodeleros que serían cuarenta mil y luego diez mil piqueros. Ésta fue la gente que pareció, aunque Ojeda en sus memoriales dice que fueron ciento y cincuenta mil hombres. Y acabada la muestra, que duró tres horas, Xicotencatl, que era el general, desde lugar alto dijo, que supiesen que otro día habían de partir con el invencible Cortés y sus compañeros para hacer cruel guerra a los de Culhua, sus mortales enemigos y que les bastase saber que eran tlaxcaltecas, nombre espantoso a todas las naciones de aquel mundo y otras cosas, dándoles ánimo, con que los despidió. Y para que la gente de Cortés viviese con regla y disciplina, mandó publicar que ninguno blasfemase de el santo nombre de Dios, de su santa madre, ni de ningún santo. Que ningún soldado riñese con otro ni echase mano a espada ni otra arma, que nadie jugase el caballo, las armas, ni el herraje; que ninguno forzase mujer, sopena de la vida, que nadie tomase ropa a otro, ni castigase indio que no fuese su esclavo; que ninguno saliese a ranchear, ni correr sin licencia; que ninguno cautivase indio, ni saquease casas, sin licencia; que no se tratase mal a los indios amigos, sino que con ellos se tuviese mucha amistad. Y puso graves penas para los transgresores. Puso tasa en el herraje y vestidos, porque estaban en excesivos precios; y porque poco aprovecha las leyes cuando con rigor no son castigados los transgresores, mandó Fernando Cortés azotar a uno porque tomó cierta ropa a un indio; ahorcó dos negros suyos porque tomaron a otro una gallina y dos mantas; hizo afrentar a otro soldado, porque se le quejaron unos indios que les había desgajado un árbol; mandó ahorcar a otro porque tomó por fuerza una gallina a un indio y ya que le habían quitado la escalera, a petición de los capitanes, estando medio muerto, le perdonó, y quedó tal, que no volvió en sí, ni pudo tragar en un mes; con lo cual las ordenanzas se guardaron bien y él fue obedecido.

Ya que toda la gente de Tlaxcalla, Cholulla y Huexotzinco estaba a punto, Fernando Cortés dijo a los de Tlaxcalla, que pues le habían dado su fe de ayudarle en esta jornada contra los comunes enemigos, hiciesen su deber como siempre habían hecho, aumentando de gloria aquella insigne república; y que pues la ciudad de Mexico, por estar en agua, no se podía tomar sin los bergantines que se estaban haciendo, ayudasen para que se acabasen, como lo habían hecho para que se comenzasen y que le dejasen el cargo de su libertad y aumento de tierra y señorío, pues iba determinado de no volver de Mexico hasta ponerla en sujeción y vengar las injurias antiguas y modernas; y que si había algunos que no iban de buena gana a aquella guerra, se quedasen en hora buena, que con los que le siguiesen iría a la empresa. En pocas palabras le respondieron aquellos señores, diciendo que antes quedarían ahogados en la laguna que volver sin victoria; y cuanto a los bergantines y buen tratamiento de los que quedaban labrándolos, descuidarse, que se haría mejor que si estuviese presente y en lo demás le dieron muchas gracias por la voluntad que les tenía; y toda la gente con las manos y cabeza hicieron señal que cumplirían cuanto la señoría decía. Y despidiéndose Cortés de la señoría el día de los inocentes, al son de las cajas y pífaros, tendidas las banderas muy en orden, salió de Tlaxcalla, mirándole grandísimo pueblo, habiendo primero oído misa y encomendándose todos a Dios, invocando el nombre del Espíritu Santo. Y era cosa de ver las bendiciones de la gente, porque unos decían: mirad cómo van los fuertes a quebrantar la soberbia de los mexicanos; otros, Dios os dé victoria; otros, volváis con bien; y otros, con lágrimas, decían: nuestros ojos os vean volver vivos, especialmente las mujeres. Salieron los tlaxcaltecas (como para ellos no era cosa nueva pelear con mexicanos) alegres y galanes, con buena orden, con cuatro capitanes generales, con sus músicas militares, haciendo gran estruendo. Serían ochenta mil, porque los demás pareció que se quedasen hasta que se llevasen los bergantines. Iban Alonso de Ojeda y Juan Márquez con los indios, porque se entendían con ellos. Andúvose aquel día seis leguas; alojaron en un pueblo, dicho Tetzmeluca, que es tanto como lugar de encinas; y los señores de Huexotzinco, de cuya juridición es, hicieron a todos muy buen hospedaje. Subieron luego un puerto áspero, que hasta la cumbre duró tres leguas, adonde se partía término con tierra de Tetzcuco y fue tan grande el frío que si no le templaran con buenas lumbres perecerían muchos. Prosiguiendo el camino, entraron los corredores en un pinar muy espeso, con muchos pinos atravesados, recién cortados; adelantóse Fernando Cortés con mil indios, fueron con hachas cortando y desembarazando otro camino, en lo cual hizo cuerdamente, porque los de Culhua, entendiendo que iba por el otro, le tenían muy fortificado con trincheras y fosos cubiertos con estacas puntiagudas y mucha gente de guerra, con quien se viera en trabajo, aunque el mal de las viruelas, que andaba extendiéndose por la tierra, tenía mucha gente impedida. Y como los indios amigos vían que este mal no tocaba en los castellanos, con mucha admiración pensaban que alguna gran deidad los reservaba y amparaba.